

TRETZÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.005

AUTORA: MARIA DOLORES GARCIA PASTOR

BASURA

Un relato de Amanda Owen

El señor Hu se pasa gran parte del día entre montañas de basura. Desperdicios por todas partes. Deshechos e inmundicia hasta donde alcanza la vista. Suciedad y porquería que yace desparramada y sin vida en el inmenso vertedero en el que trabaja. No sería un mal trabajo si no fuera por el nauseabundo olor a podredumbre y suciedad que te invade y acaba metiéndosete dentro. De no ser por ese olor pestilente, que te ahoga y te embota los sentidos, no estaría tan mal trabajar en el vertedero. Al fin y al cabo al señor Hu siempre le ha gustado pasar su tiempo al aire libre.

El vertedero en el que trabaja el señor Hu está en Kunming, la capital de Yunnan. Es una gran ciudad rodeada de montañas, surcada de canales. La ciudad de la Eterna Primavera la llaman. Una hermosa dama que observa vanidosa su reflejo en las aguas del lago Dian. Pero la bella también tiene su cara oscura, es una urbe que produce toneladas de basura, montañas de desperdicios inertes y suciedad, de materia muerta y detritos.

Entre la basura siempre se puede encontrar un buen montón de cosas que pueden reutilizarse. Toneladas de plástico y hierro que se pueden reciclar y hasta algún que otro objeto que el señor Hu puede llevar a casa para darle una segunda vida. Hay días de maravillosos hallazgos. Y es que con su escaso

suelo de empleado del basurero, y los pocos yuanes que le mandan sus hijos desde la capital es un poco complicado sobrevivir. El hombre estira mucho su dinero para poder alimentarse y alimentar a Jingjing, para vestirla y comprarle algún par de zapatillas. Y aún le sobran unos pocos fens.

Hoy hace un día cálido y agradable, como casi todos aquí. El señor Hu lleva su cuévano a la espalda y empuña un palo con la punta de hierro con el que pincha y recoge algunos despojos. También hay hierro y cobre que delatan su presencia al chocar con ellos su larga vara. En el cielo vuelo de aves, algarabía de pájaros cazadores dispuestos a abalanzarse sin piedad sobre su presa. Las gaviotas revolotean por encima de su cabeza y cuando descubren algo comestible se dejan caer a plomo. Llegaron a principios de noviembre, desde la fría Siberia, y permanecerán en la ciudad hasta la primavera. Después volverán a su casa pero se dejarán ver otra vez el próximo invierno.

En el fondo le gusta este trabajo, piensa Hu. Trabajar al aire libre y en soledad tiene sus ventajas, porque el basurero es tan extenso que rara vez se encuentra con alguno de sus compañeros. Le agrada ver la luz del sol y ahora le costaría acostumbrarse a trabajar dentro de una fábrica o en una oficina. En el basurero no hay más techo que las nubes blancas y el cielo azul. Kunming es una ciudad hermosa. Ahora vienen muchos turistas y la gente ha empezado a vivir bien. Atrás han quedado los tiempos de penuria.

El señor Hu ve algo que se mueve a escasos metros de sus pies. Piensa que es una rata y a punto está de lanzarle su arpón junto con algún improperio. Pero se detiene. Observa durante apenas unos segundos. De nuevo percibe movimiento. Lo siguiente es una especie de maullido, un débil y lastimero

lamento. El hombre suelta su palo y se acerca en apenas dos o tres pasos. Levanta una bolsa de plástico agujereada y sucia y lo ve.

Es un bebé. Está cubierto de sangre y de una sustancia blancuzca que parece grasa. El señor Hu no se asusta. Sabe que no está herido, lo ha visto muchas otras veces. Simplemente acaba de nacer y está envuelto en los restos del vientre de su madre y del unto sebáceo. Hu sabe también que es una niña, es la número veintiuno. Y es que en trece años que lleva trabajando en ese basurero ha encontrado a otras veinte pequeñas como ésta, desamparadas, ateridas de frío y asustadas. La de hoy es la que suma veintiuna. Es por eso que sabe muy bien lo que hay que hacer. El hombre rescata a la pequeña de entre la inmundicia y la envuelve en su chaqueta. Todavía conserva un buen trozo del cordón umbilical que le cuelga del ombligo y se le mete entre las piernas.

Mientras corre en busca de auxilio, el señor Hu aprieta al diminuto ser contra su cuerpo para darle calor. Sabe que si lleva mucho rato a la intemperie sufrirá hipotermia. Siendo tan pequeñita puede morir de frío pese al clima templado que reina en la ciudad. Sus pasos son apresurados. Sabe que la vida de ese bebé depende de ello y no tarda demasiado en llegar a la garita del vigilante del vertedero. Rápidamente llaman a la policía. Mientras espera, un montón de trabajadores se acerca a ver qué sucede y se arremolina en torno a Hu y a la niña, que él tiene fuerte pero delicadamente asida entre sus brazos. A nadie le extraña ya que este hombre fuerte y algo huraño aparezca de tanto en tanto con una pequeña que ha encontrado entre la basura. Aunque para algunos no deja de ser curioso que siempre sea él el que las encuentre. Hay quien piensa que es una especie de ángel de la guarda de esas pobres

pequeñas. Otros, los maliciosos, opinan que no es más que un sabueso, una especie de vampiro capaz de oler la sangre fresca a metros de distancia.

Han pasado muchos años desde la primera vez. En un día muy parecido a éste y en el mismo lugar, Hu encontró a una criatura recién nacida en medio de la inmundicia. No podía dar crédito a sus ojos. Esa vez, la primera, Hu tuvo miedo. Sintió que aquella diminuta vida se le diluía entre las manos, que se le escabullía ante sus propios ojos sin poder hacer nada. Pero, si bien no sabía qué hacer en estos casos, su instinto o tal vez su miedo lo llevaron a correr desesperadamente en busca de ayuda. En vez de piernas tuvo alas. Las cosas pasaron muy veloces ante sus ojos, como en un sueño y, aunque tropezó y estuvo a punto de caer y rodar entre los montones de basura, pesé a que creyó que acabaría hundiéndose en ella, una extraña fuerza lo impelió a seguir adelante superando cualquier obstáculo que se interpusiera entre él y la salvación de la pequeña.

Todo salió bien. Pero después de atender a la niña los enfermeros tuvieron que tratarle a él que andaba sofocado con taquicardias y en medio de un tremendo shock. Los días que siguieron a aquel hallazgo no fueron mejores. Cualquier bolsa de plástico que agitaba el viento o una rata saltando, cualquier ruido inesperado le hacían correr hacia el lugar sin pensar en nada más. En sus oídos y en su mente se repetía una y otra vez el sonido de aquel llanto lastimero y endeble, aquella llamada de socorro desde la más cruel de las condenas a muerte.

Vivió meses obsesionado tratando de encontrar bebés abandonados en el vertedero. Estaba seguro de que si había encontrado uno probablemente

habría más. No quería pensar que había habido otros que no habían llorado y que habían quedado atrapados para siempre en aquel mundo pestilente y mórbido, nauseabundo y terminal. ¿Y si no era capaz de verlos?, se preguntaba. ¿Y si no los encontraba antes de que fuera demasiado tarde? ¿Y si sin querer los pisaba o les clavaba su vara? Fueron meses de incertidumbre y angustia, de una cierta paranoia a la que se sumó su necesidad de saber qué había sido de aquella niñita.

Pasó muchos días llamando a puertas que nunca se abrían. Las autoridades se negaban a facilitarle esa información y lo mismo pasó en el hospital al que llevaron a la niña. Pero el señor Hu sabía qué era lo que realmente movía a la gente, lo que siempre conseguía ablandar una moral recta o un corazón firme. Así es que le dio unos cuantos yuanes a un funcionario y éste le dijo todo lo que necesitaba saber, aunque tal vez hubiera sido mejor seguir viviendo en la ignorancia.

La pequeña Xiao Di, como él la había llamado cariñosamente desde el día en que la tomó por primera vez en sus brazos, “había tenido la suerte de haber sido devuelta a sus padres”, le dijo aquel hombre. ¿Suerte? ¿Cómo podían llamar suerte a que te volvieran a poner en manos de tus verdugos? ¿Cómo podían haberla devuelto a sus padres? ¿Es que acaso su opinión no contaba? No, claro, él no era nadie. Aunque se sintiera como su propio padre, como el hombre que le había dado la oportunidad de vida que su familia le había arrebatado. Su pequeña estaba de nuevo con sus padres, qué sinsentido. Claro que la vida en algunos orfanatos, por lo que le habían contado, tampoco era mucho mejor.

El señor Hu sabía que tener hijos en su país no era una cuestión sencilla. El gobierno había puesto en marcha una política de control de la natalidad que solo permitía a los matrimonios tener un hijo, dos en las zonas rurales. Los varones siempre habían sido los más deseados. Desde muy antiguo los chinos preferían tener hijos varones. Los hijos varones podían soportar el peso del trabajo físico y perpetuar la familia. Y la mujer era más respetada si daba a luz un niño. Pero entonces no había problema, un matrimonio podía entregarse al sagrado deber de la reproducción y seguir haciéndolo hasta que la fortuna les obsequiara con un varón. Tener hijos traía la mayor felicidad. Pero después de la Revolución las cosas cambiaron y el gobierno estableció que solo se podía tener uno. Y como la gente prefería tener niños porque daban más honor a la familia y eran los que se hacían cargo de sus mayores las niñas empezaron a ser mal recibidas.

El señor Hu entendía aquel deseo de tener hijos varones. Sabía lo que representa que los dioses y los antepasados te colmen de felicidad y fortuna con la llegada de un chico. Él lo sabía perfectamente porque Tai Po le había dado dos hermosos muchachos. Pero de eso a dejar morir, a abandonar a las niñas no deseadas a su negra suerte, de eso a deshacerse de los bebés cuando la ecografía revelaba que eran hembras o a negarles cuidados cuando enfermaban o, pero aún, hacer que su cordón umbilical se infectara para que murieran, todo eso era mucho más de lo que podía llegar a comprender su pobre cabeza. No era capaz de entender cómo alguien podía hacer algo así. Cómo una madre y un padre podían condenar a un pedazo de carne de su carne a morir de inanición y frío o, aún mucho peor, a ser devorado por las ratas.

En ese tiempo, cuando halló al primer bebé, el señor Hu aún vivía con su esposa y sus hijos. Sus dos varones iban a perpetuar el nombre de la familia y se encargarían de su mujer y de él cuando fueran viejos. Tener hijas era un deshonor pero a él le hubiera gustado tener al menos una. Una niña zalamera y cariñosa que le diera el cariño y las atenciones que aquella esposa arisca y terca nunca le había dado. Fue por eso que el señor Hu le pidió a su mujer que le dejara quedarse con aquella niña, la primera que encontró.

- ¿Estás loco? – le preguntó ella. – Si apenas sobrevivimos los cuatro con lo que ganamos tú y yo. Además tendríamos que adoptarla y tampoco para eso tenemos dinero.

Y lo malo del caso es que lo que le decía Tai Po era cierto. Por una vez veía claramente que su esposa tenía razón. No podían quedarse con aquella niña porque eran pobres. También lo eran sus padres y por eso la habían abandonado en aquel terrible universo de desperdicios, en aquel pestilente lugar.

Los días pasaron y llegaron otras niñas. Todas pequeñas e indefensas. Todas abandonadas y ateridas de frío. Todas diminutas y hermosas. Y la sucesión de hechos siempre era la misma. El señor Hu las rescataba del vertedero y las ponía a salvo. Algunas eran devueltas a sus padres, otras acababan en un orfanato. Y una y otra vez el señor Hu le suplicaba a su mujer que le dejara quedarse con ellas. Y una y otra vez acudía a sobornar a los funcionarios para que le dijeran adónde habían ido a parar. Así hasta que Tai Po se cansó. Estaba harta de que su marido ganara tan poco. Como se había obsesionado con las niñas del basurero no buscaba otro empleo, uno mejor

que les permitiera vivir con mayor holgura. Es más, sus sobornos a los funcionarios del gobierno para conocer el paradero de las niñas les suponía un importante gasto que no se podían permitir. Tai Po se enfadó.

Sus hijos Mao y Chanlos se hicieron mayores y se fueron a Pequín en busca de trabajo. Una vez allí, ya establecidos, mandaron a llamar a sus padres para que se fueran a vivir con ellos. Pero el señor Hu se negó. ¿Quién iba a salvar a las niñas si él no estaba? Esa fue la gota que colmó el vaso y el billete de ida de su esposa hacia la capital. Hasta allí se fue un día y ya no regresó nunca más.

El señor Hu siguió buscando niñas entre la basura. Y así llegó la número diecisiete. La misma situación de siempre. Los ojos de Hu escudriñando el inmenso mosaico de heterogéneos colores y formas del basurero, aquel inmenso cuadro abstracto puntillista en el que transcurrían sus días, homogéneos y grises, siempre iguales. Pero esa vez fue diferente. Pese a que eran momentos terribles aquellos en los que hallaba a una de sus niñas, ya que creía morir de ansiedad hasta que las ponía en manos de los sanitarios y le decían que estaban bien, poco a poco, y debido a la costumbre cada vez lo llevaba mejor. No aquella vez.

La niña que encontró ese día, la número diecisiete, era diminuta. Y no era una simple palabra. Cabía en la palma de su mano. Sus extremidades eran como anquitas de rana finísimas y alargadas y sus dedos parecían transparentes de tan pequeños. Luego supo que apenas pesaba un kilo. Los enfermeros la dieron por muerta. Le quedaba apenas un hilo de vida pero no

sobreviviría. Era inútil llevarla al hospital porque la perderían en el camino. No había nada que hacer.

Pero el señor Hu no estaba dispuesto a que la historia de la niña diecisiete acabara mal. Era tan diminuta, tan escasa... prácticamente imperceptible. La tuvo en el hueco de la palma de su mano y la sintió como a un pajarito asustado. El latido de su corazón era casi inapreciable pero estaba ahí. Su respiración era nimia y tibia, como la brisa sutil que se levanta al pasar las páginas de un libro. Un libro prácticamente en blanco, unas páginas en las que apenas nada se había escrito.

No podía ser. No iba a pasar porque allí estaba él para impedirlo. El señor Hu agarró a la niña y salió corriendo como si lo hubieran poseído los *yaoguais**. Paró un taxi y le pidió que los llevara al hospital más cercano. Una vez allí el señor Hu entró en la sala de urgencias y se pegó al primer médico que apareció y no se separó de él hasta asegurarse de que se hacía cargo de la pequeña. “Por favor, sálvela,” dijo, “por favor haga algo”. Y aquel médico hizo algo. Y aunque parecía imposible, aunque su sentencia a muerte había sido firmada, la diminuta niña diecisiete no murió aquella noche ni la siguiente ni la otra ni, de momento, ninguna noche.

La pequeña Di-Shiqí Nuhái que así la llama el señor Hu, la niña diecisiete, se aferró a la vida con inusitada fuerza. Y de aquella pequeña semilla que cabía en la palma de una mano brotó una hermosa niña de piel aterciopelada y ojillos pícaros. Una chiquilla que, finalmente, vino a cumplir los sueños del señor Hu. Nadie la reclamó, nadie pidió hacerse cargo de ella... Así, por uno de esos extraños e injustos casos que tiene la vida, Di-Shiqí

Nuhái prácticamente ni existía y estaba sola en el mundo. Igual que Hu. Y fue él, porque su nombre constaba en la ficha de ingreso al hospital, el que se acabó haciendo cargo de ella.

Después de Di-Shiqí Nuhái, la niña diecisiete, hubo una niña dieciocho, una niña diecinueve y una niña veinte. Y hoy, de nuevo, la suerte ha querido que el señor Hu vuelva a hallar entre la inmundicia a otra niña rechazada, otra promesa de futuro que no puede colmar las esperanzas y pretensiones de sus padres. Y, mientras la sostiene entre sus brazos apretándola contra su cuerpo para darle calor, mientras piensa en Di-Shiqí Nuhái que le está esperando en casa, el señor Hu no puede dejar de pensar en esas otras niñas que vendrán y en esas tantas otras que él no habrá podido encontrar entre la basura. Incluso piensa en todas esas a las que sus padres asesinaron abandonándolas a su suerte en miles de lugares más de la China, de toda Asia.

Después de entregar a la niña veintiuno a los sanitarios que han venido a buscarla, el señor Hu se vuelve a colgar el cuévano a la espalda. Continúa con su trabajo pero no puede quitarse de la cabeza a la pequeña abandonada y a todas esas niñas que ha ido encontrando, desde la primera hasta la última. Y mientras clava su vara en un trozo de plástico, mientras hunde sus pies en la montaña de desperdicios, se pregunta qué pecado puede haber cometido cualquiera de esas criaturas para que sus padres las traten como a basura.

* Término chino que, generalmente, significa demonio.